

mente cuando las ha presidido el espíritu intransigente de religiones opuestas y tan enemigas como las que entonces luchaban en los Países Bajos!

IX

ROTTERDAM

Amsterdam, 3 de Agosto.

Rotterdam, El Haya, Amsterdam y Leyden, son las cuatro ciudades más afamadas y características de Holanda; la primera, por su espíritu comercial y emprendedor, es la representante de nuestra Barcelona; la segunda, capital política y residencia del Monarca y el Gobierno, tiene un aspecto esencialmente aristocrático y muy singulares rasgos; la tercera, capital administrativa y ciudad la más populosa de la nación, es la representante de cualquiera animada capital, París, Viena, Madrid, y la cuarta es, según he dicho ya en otras cartas, la Atenas, la Salamanca de los Países Bajos.

Rotterdam ha sido la primera que visité, y en ella pude apreciar ya los más notables rasgos que distinguen estas villas y su población: las calles largas, surcadas de canales en su centro y cruzadas de numerosos puentes giratorios ó levadizos, son una reminiscencia de Venecia, pero de una Venecia más sombría, más agitada, menos rica de luz y de colores, menos poética; las casas estrechas, aventanadas, ordinariamente de dos pisos y rematadas en punta, muestran con valentía esas chocantes inclinaciones que dan á las ciudades holandesas el aspecto de una población cuyos edificios se resintieran profundamente de algún terremoto pasado; juegan como una especie de contradanza sin igual, en la cual cada vivienda ha tomado una postura incomprendible: unas caídas hacia atrás, otras inclinadas adelante, ladeándose de costado muchas, salientes de panza gran número; y de este modo parece que todas gozan de una vida fantástica, se mueven y expresan con actitudes al viajero, ya la curiosidad, ya el desdén, ya la indolencia... Como otros muchos, he querido saber la causa de estas inclinaciones, que á veces

hasta producen alarma en quien no tiene la costumbre de verlas, por lo muy exageradas que parecen, y dicen unos que se deben á que los edificios basculan sobre estacadas que les sirven de cimiento, por la blandura y humedad del suelo; otros, á que se construyen así exprofeso, para que las aguas y nieves escurran con mayor facilidad; y hay quien cree que á una costumbre del país, sin objeto reconocido.

Caracterizan mucho á estas vías, de ordinario, la falta de aceras, por ocupar el espacio á ellas destinado las escalerillas, rampas, balaustradas, rotondas, pórticos, barras y cadenas con que todo propietario patentiza su derecho á la anteporta y despide al transeunte al medio de la vía; y como además las calles son á menudo estrechas y las cruzan multitud de ómnibus, tranvías, coches, carros y vehículos de más clases, el andar á pie es una exposición, un peligro continuo, que obliga á caminar sorteando mil ocasiones de estrellarse ó de ser atropellado.

En ciudades como Rotterdam y Amsterdam, donde el movimiento comercial es grande, la vida callejera tiene manifestaciones

opulentas. Los puertos y los muelles se multiplican hasta lo infinito, y rara es la encrucijada desde donde no contempla el curioso palos de barcos que surcan los canales, como si caminaran por medio del arroyo; algún tren que cruza rápido sobre un viaducto, por debajo del cual marchan, también á escape, tranvías que van tocando precipitadamente la campana de aviso, y se paran de pronto ante un puente que se ha lanzado al espacio para dejar paso libre á alguna embarcación que navega entre casas, cargada de géneros...

Los establecimientos comerciales rivalizan con los de otras grandes poblaciones, como París, Viena..., son de esmerado gusto y de surtido abundante, y entre todos brillan las tabaquerías, que con su incalculable número (una cada tres casas), y la magnificencia de sus instalaciones revelan el abuso fenomenal que aquí se hace del tabaco, mientras los cafés, que muestran un primer término de oscuridad completa por la noche y separado por amplios y desplegados *portiers* del resto de la sala, no dejan ver más que el fuego de algún cigarro ó la silueta de alguna mujer...

Choca también, por la manera de realizarla, la limpieza de fachadas, portadas y cristalería exterior, que practican: de cuando en cuando algún mozo, y casi siempre garridas doncellas, frescotas, vestidas con intachables faldas de alegre color y olientes á limpieza, bien ceñidas de cuerpo, arremangadas con valentía, enseñando por doquiera curvas y ondulaciones dignas de las Venus de Rubens, con el graciosísimo prendido de tul tableado sobre su blonda cabellera, y encendidos los níveos rostros con el fuego del ejercicio. Allá están pisando charcos y entregadas con sin igual entusiasmo, con afán alborotador y relumbrante, á un baldeo insoportable, y así pasan horas de la mañana frotando cristales, cepillando cercos, regando aceras, proyectando duchas á lo alto de las fachadas, librando, bien pertrechadas con una batería incalculable de armas, una batalla descomunal, ciclópea, espantosa, contra unas cuantas infelices moléculas de polvo, que, á buen seguro, abandonaron su posición desde las primeras embestidas, sin darse cuenta de por qué se las ha de acometer con tan feroz ensañamiento, á no ser por el de convertirlas

en un pretexto para exhibir la pulcritud como una de las más preciosas cualidades de la mujer holandesa.

Y he de consignar un detalle que encontrarán por demás raro las doncellas españolas: jamás se les oye cantar. En la gravedad del carácter holandés no se concibe el canto, diríase que lo desconocen; verdad es que, en cambio, parece como que celebran su faena las tocatas que, á cada cuarto de hora, resuenan desde lo alto de los campanarios, formando un concierto interminable de aires, sonatas, himnos y cadencias nacionales, alegres unos, sentidos otros, pero siempre interesantes y extraños.

En El Haya, residencia del Gobierno y del Monarca, la vida es más aristocrática; por eso entre sus calles, mucho menos animadas que las de Rotterdam y Amsterdam, abundan las ricas y suntuosas avenidas, formadas por filas de palacios y hoteles, donde el profundo y pertinaz silencio, la escasez de transeuntes, el brillo de cristales y fachadas, las superficies de grandes muros, los mascarones, repisas, balaústres, frontones y talladuras opulentas, como denunciando la grandeza

y la severidad, y los árboles, asomando por entre verjas ó sobre cornisas, producen en el ánimo del forastero desconocido y solitario ese receloso apocamiento y ese grave respeto que hacían decir al ilustre Amicis que jamás se había reconocido tan pobre diablo como cuando por vez primera pisó esta ciudad.

Rica en monumentos conmemorativos y estatuas de glorificación, brinda al curioso con preciosos museos y colecciones, entre los cuales merece singular cita, siquiera sea sólo por lo espeluznante de su naturaleza, la de los instrumentos y aparatos de la Inquisición, cuyo uso nos cuelgan á los españoles, sin advertir que la historia de los más célebres prisioneros allí martirizados no demuestra que sea esa afirmación verdad completa. Risa provocan, junto á esta horripilante colección, los más terroríficos instrumentos de la Cirugía: ¡qué variedad de ruedas, torniquetes, cilindros, cauterios, gatillos, cepos, tenazas, caballetes de dislocación, cruces, guillotinas, mandobles, martillos y mil diabólicas invenciones discurridas para redoblar el dolor y hacer que el infeliz condenado apure hasta las heces el cáliz del sufrimiento físico!

¡Cuán dichosos somos, en verdad, los que no presenciamos tan refinadas barbaries!

X

LA PLAYA DE SCHEVENINGEN

Amsterdam, 5 de Agosto.

Un tranvía conduce pronto y agradablemente desde El Haya á la vecina playa de Scheveningen, la cual figura, á semejanza de la de Ostende, su rival belga, entre las más celebradas estaciones balnearias del mar del Norte. Más de veinte mil bañistas — gente distinguida y *comme il faut* — procedentes de Rusia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y de Holanda, como es natural, pasan aquí breve temporada de verano y zambullen sus cuerpos en estas ondas frescas y sombrías.

Desde la terraza del Gran Hotel de los Baños, donde entre sorbo y sorbo de un vaso de limón y cerveza me entretenía en mirar la playa, distinguía un cuadro intere-

sante, todo lo interesante que puede ser un escenario de mar donde no se ve ninguna roca ni protuberancia alguna de costa.

Detrás de mí y á los lados, en la extensión de un kilómetro escaso, había una fila irregular de hoteles elegantes alternando con limpios y cómodos *châlets*, destinados á las familias que gusten alquilarlos; esta fila descansa sobre una suavísima colina de dunas, que, levantadas algunos metros sobre las aguas, oponen con su movediza y arenosa masa resistencia suficiente para que las mareas no inunden la villa. Banderas de diferentes colores ondulan sobre los edificios acusando nacionalidades y pertenencias distintas.

El panorama de frente es mejor: un poco más abajo y delante de la terraza del Hotel, existe un paseo de carruajes con suelo de ladrillo, y después hay un suave declive arenoso, el cual se continúa ya con la extensa playa, donde se extienden y recogen las olas con movimientos parecidos á los de nuestro mar Cantábrico, y en donde hay puestos centenares de altos sillones de mimbre, pintados de amarillo y vueltos hacia el mar, los

cuales ocupan muchísimas señoras; después atrae la vista una pléyade infinita de pequeñas y hermosas criaturas, niños de ambos sexos, rubios, alegres y arremangados de piernas, quienes con sus pies descalzos, lamidos por las espumosas orillas de las olas, corren alegres tras de éstas cuando advierten que retroceden abatidas durante el reflujo, y huyen alborotados cuando avanzan por la playa con el flujo, ó juegan más sosegadamente con sus palas, clavándolas en la arena como briosos gañanes y haciendo profundos surcos que gustan luego ver rellenarse con las aguas filtradas; más allá, y por último, lo llena todo el tempestuoso mar del Norte, ahora tranquilo y tan manso, que parece moverse sólo para jugar con los niños, como un león se despereza para jugar con sus cachorros, arrastrándose suavemente, respirando con dulzura, y reflejando tintas diversas, que son, primero de amarillo sucio, después verde grisáceo y últimamente azul ceniciento; sobre él resaltan algunas barcas de pescadores, las cuales tienen desplegada su sencilla vela latina.

Mirando á la izquierda distingue sucesiva-

mente la vista grandes carretas, en forma de casitas, que se mueven retirando ó conduciendo al agua señoras en traje de baño; más lejos, una flotilla de las robustas lanchas, donde los pescadores de este pueblo se meten en Junio y se aventuran en la mar con rumbo á las costas de Escocia para buscar el arenque, que es uno de los veneros de riqueza de la Holanda. Los primeros arenques que se pescan se llevan al Rey en un carro ataviado y con fiesta, y éste recompensa á los pescadores con una gratificación de 500 florines (algo más de mil pesetas).

Avanzando más todavía el examen por este lado, allá, entre las dunas, se ve el faro, el obelisco de piedra que recuerda la vuelta de Guillermo de Orange, después de levantada la ocupación francesa, y por último, la torre de la iglesia. A la derecha más hoteles, después las dunas amarillentas y el agua.

Cuando declinaba la tarde, la animación que había en la playa era extraordinaria. Bajaba la marea, y á medida que las ondas iban retirándose, el ejército de sillones iba siguiéndole como un campamento que avanza; ocupábanlos crecido número de señoras,

y por entre ellos, discurriendo de uno en otro punto, se veían otras muchísimas más, formando una escogida concurrencia donde era fácil contemplar bellezas de todas las naciones europeas, y trajes para todos los gustos, á propósito para que la pluma de algún inspirado revistero de salón luciera sus habilidades de cronista.

El movimiento continuo que se advertía en aquella playa, la algazara de los infantiles cavadores, el paseo de coches, el vagar de los vendedores ambulantes, el trabajo de los numerosos operarios que limpiaban los caminos de la invasión de las arenas que despedían las dunas, todo formaba un interesante cuadro de vida, pero de una vida local, no de esa vida ruidosa, alegre, chisporroteante de brillo y encantos, de luz y sonidos, que la tercera parte de estas personas produciría en cualquiera playa de España, sino de una vida reposada, rítmica y cadenciosa, que formaba juego con aquellos horizontes de línea recta y de suelo llano, y con el color oscuro del agua y de su cielo, esta vez como siempre plomizo, húmedo y brumoso en el horizonte, tan pronto alegrando-

se tímidamente por los resplandores de un Sol pálido, como oscureciéndose por el paso de alguna nube que se resolvía en lluvia molesta y desagradable.



Dos palabras sobre Amsterdam. Es una de las capitales más notables del Norte de Europa y la más agradable y bonita ciudad de Holanda; su anchuroso y animado río Amstel, surcado sin cesar por navíos de todas las partes del Globo; la serie de canales paralelos que con él se continúan; su animada playa del Dam; sus caprichosas y aéreas torres, siempre dejando oír sonatas; su rico Jardín Zoológico, rival del de Londres, y con él los dos primeros de Europa; sus infinitas y admirables casas de Beneficencia, sus múltiples museos de todas clases, sus hospitales, sus excursiones..., todo en Amsterdam resulta alegre, coquetón, animado, risueño, rebosando atractivos poderosos para el viajero, pero no chocarreros, desordenados, impuros como los de muchas poblacio-

nes, sino honestos, cómodos, dignos de la honradez de ese pueblo, bajo tantos conceptos simpático.

XI

LEYDEN

Amsterdam, 6 de Agosto.

Si lo que se siente al entrar en una población hubiera de expresarse de viva voz y en tono adecuado á la índole del sentimiento, no hubiera entrado en Leyden, celeberrima ciudad, sin saludarla antes con esta ó parecida invocación, para la cual me reservaría mi más solemne acento:

«Leyden, ciudad ilustre y gloriosa, cuya existencia de tan famosos y deslumbrantes resplandores ha gozado: augusta y sabia Atenas del Norte, en cuya Universidad se ha oído durante siglos el verbo inspirado de esos apóstoles de las ciencias y de las letras á quienes iluminó el Cielo con la luz divina del

genio; Leyden, pueblo venerabilísimo donde el inmortal Boerhaave, el famoso médico, el Hipócrates holandés del siglo XVIII, admiró al Mundo y logró que viniera á escuchar sus profundas lecciones Pedro el Grande de Rusia; Leyden, refugio sacrosanto de la Filosofía, y palenque abierto á la defensa de la razón humana, donde se acogió un día la libertad del pensamiento, y donde Gomar y Arminius suscitaron su famosa polémica religiosa; Leyden, la sufrida y heroica ciudad que ofreces al patriotismo el gran carácter de tu burgomaestre Van Der Weff, del templo de nuestro Guzmán el Bueno, y por tus heroísmos te llaman la Zaragoza del Norte; pueblo admirable, que cuando sales de aquel horroroso asedio que mató de hambre miles de tus hijos y desarrolló en tu seno mortal epidemia, cuyos desastres sólo á tu enérgica defensa podían compararse, al ser facultada para elegir entre la rebaja de un impuesto y la fundación de una Universidad, das el ejemplo de optar por la ilustración y pides el templo de la enseñanza; Leyden, respetable ciudad, que, cual otra *Pisa morta*, contemplas hoy tristes y silenciosas estas calles por

donde discurría antes la alegre juventud, y ves esos canales, que un día cruzaba tumultuosa profusión de barcas, apenas removidos por algunos *krekschuiten*, que se deslizan misteriosamente sobre su reposada superficie, y como Atenas, Alejandría, Salerno, Montpellier, Salamanca y otras tantas célebres escuelas, á las que Minerva otorgó sus favores, vives hoy con la melancólica poesía de los recuerdos, reflejando tú tristeza en ese viejo Rhin, si por otras comarcas tan caudaloso y alegre, aquí ya cruzando tu seno, impotente y pobre, y, como tú, agonizante y caduco, buscando, con la incierta marcha de la ancianidad, el mar del Norte, donde ha de lanzar sus últimos despojos; yo, un inofensivo descendiente de aquellos altivos españoles que, torpemente movidos, malgastaron su bravura y su hidalguía en provocar las horribles tribulaciones cuyo recuerdo aún te acongoja; yo, un médico adocenado, quizá el menos digno de todos los fieles que comulgan en esa humanitaria religión que tuvo por sumo sacerdote al más querido de tus sabios, me atrevo á saludarte, ofuscada la imaginación con lo opulento de tus grande-

zas, conmovido mi espíritu con el hervor de tantos sentimientos como remueves, y húmedos los ojos con la tierna emoción de felicidad que me produce el encontrarme donde tantas y tan soberbias consagraciones se han realizado.»

Pero... nada de esto dijeron mis labios, aunque lo sentía mi alma; y silencioso, provisto de mi guía y mi paraguas; y en compañía del ilustrado y joven periodista D. Alfredo Escobar, ganamos la población metidos en un tranvía y siendo objeto de la curiosidad de sus habitantes.

Vimos primero, en el centro de la ciudad, ruinas de un antiguo castillo, llamadas sencillamente y por expresión natural el Burg; después, una iglesia gótica dedicada á templo protestante; más tarde, el *Hôtel de Ville*, donde hay una inscripción á la entrada que recuerda el hambre famosa del año 1573, y luego el Museo de Antigüedades, rico, hermoso, abundante, sobre todo en antigüedades indias y egipcias.

El Museo de Historia Natural es de primer orden, muy superior al nuestro en Zoología y quizás el primero de Europa en mu-

chas de sus colecciones; el Jardín Botánico, muy cuidado y bien surtido de plantas exóticas, nos distrajo contemplando algunas de las más raras por su forma y sus propiedades, y especialmente un bellissimo ejemplar de la monstruosa planta *victoria regia*, el mejor que hasta ahora he visto.

Conserva de Boerhaave, el más afamado de sus catedráticos, gloriosos recuerdos; en la iglesia de San Pedro, dedicada al culto protestante, vi, entre los monumentos sepulcrales de algunos otros sabios de esta Universidad, los del historiador J. Luzac, Scaliger..., etc., el de Boerhaave, que es bien sencillo en verdad: una copa cineraria sobre un basamento prismático cuadrado; pero, en cambio, cerca de la estación, en el paseo que conduce á la ciudad y á uno de los lados de su hermoso Hospital Civil, el primero de la Holanda, pude contemplar su estatua, que es de bronce; en ella aparece el célebre clínico de pie, recogida la toga y con un libro sobre el antebrazo y mano derechos; la base es prismática, cuadrangular y la rodea una sencilla verja. Murió este afamado médico en 23 de Septiembre de 1738.

Su estatua no tiene más inscripción que el apellido Boerhaave, y las del monumento cinerario de San Pedro también son inscripciones espartanas: en un lado, *Salutifero Boerhaavii, genio sacrum*; y en otro, la fecha de su nacimiento, 31 de Octubre del año de 1668.

El Museo Municipal conserva muchos objetos y recuerdos de carácter puramente local, gran parte alusivos á España; la Biblioteca, la primera de Holanda, está muy bien catalogada, guarda 300.000 volúmenes y 5.600 manuscritos, siendo pocos y antiguos los españoles; la frecuentan de 40 á 50 lectores por día. Posee un buen retrato de Guillermo I, su fundador.

El Hospital Civil es excelente, el primero de Holanda, y lo es también el Militar, que ya no pudimos visitar por falta de tiempo. Próximo á él se alza la estatua dedicada á Boerhaave.

Por último, la Universidad mereció una detenida visita nuestra en el poco tiempo que podíamos destinarla. ¡Qué desencanto! Creíamos ver en magnífico edificio un reflejo del soberbio espíritu de enseñanza que allí

había dominado, y no vimos nada de esto.

Se está haciendo nueva Universidad, y tal vez responda mejor á las necesidades de los modernos Centros de enseñanza; pero la antigua es eminentemente defectuosa y pobre.

Verdad es que como aquí los alumnos oyen las explicaciones en casa de los profesores y los gabinetes están separados del edificio, y son notabilísimos, lo que propiamente se llama Universidad no es más que un lugar de exámenes. Por este motivo, y por no alargar demasiado mi carta, es por lo que renuncio á describir las particularidades que muestra, algunas ciertamente bien pueriles, y á mencionar como lugar altamente respetuoso lo que llaman *Sala del Senado*, donde existen retratos de los más ilustres profesores que han explicado aquí sus lecciones.

Hoy se enseñan en esta Universidad cinco Facultades: las de Medicina, Derecho, Letras clásicas, Teología y Matemáticas (Ciencias exactas); tiene unos 800 alumnos y ha perdido ya mucho de aquella celebridad y concurrencia que disfrutaba, debido principalmente á que Holanda reparte entre cuatro

Universidades los cuidados que debía consagrar á una ó dos; es decir, que sufre el mismo mal que en tan calamitoso estado mantiene á nuestras Universidades de provincias; porque tener en comarcas como la andaluza tres Escuelas de Medicina, es tener cualquier cosa.

Dicha Universidad es la que, según fama, prefirió Leyden á la rebaja del impuesto. La inauguración se celebró con una gran fiesta el 5 de Febrero del año 1575.

La refiere así un cronista:

«Hubo una procesión solemne con cuatro carrozas alegóricas de la Teología, el Derecho, la Medicina y la Literatura; en la primera iba una mujer vestida de blanco, que simbolizaba el Evangelio, escoltada de los cuatro Evangelistas; en la segunda, la Justicia con los cuatro célebres legistas Juliano, Papiniano, Ulpiano y Tribonio; en la tercera, la Medicina con Hipócrates, Galeno, Dioscórides y Teofrasto; y en la última, Minerva, seguida de Platón, Aristóteles, Cicerón y Virgilio..., todo esto acompañado de guerreros, músicos, Corporaciones, Claustro, magistrados... etcétera.